

CAÍDA LIBRE

CAÍDA LIBRE

por

Carlos Martín Briceño



*F*ICTICIA

MÉXICO
2010

CAÍDA LIBRE

D.R. © Carlos Martín Briceño
D.R. © Ficiticia S. de R.L. de C.V.
D.R. © Ayuntamiento de Mérida
México, 2010

POR EL AYUNTAMIENTO DE MÉRIDA:

Ing. César Bojórquez Zapata
Presidente Municipal de Mérida
Sra. Susana Bustillos Lope de Bojórquez
Presidenta del DIF Municipal de Mérida
Profra. Flor Díaz Castillo
Presidenta de la Comisión de Educación y Cultura de Mérida
Lic. Ligia Beatriz Sosa Alcocer
Regidora de la Comisión de Educación y Cultura de Mérida
Mtro. Roger Heyden Metri Duarte
Director de Cultura de Mérida

POR FICTICIA EDITORIAL:

Editor: Marcial Fernández
Diseño de la colección: Rodrigo Toledo Crow
Diseño de la obra: Armando Hatzacorsian
Formación de planas: Paulina Ugarte Chelén
Cuidado de la edición: Mónica Villa
Consejero editorial: Raúl José Santos Bernard

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI
(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del editor de Ficticia Editorial.

Edición: Mayo 2010

ISBN: 978-607-7693-18-5

Impreso y hecho en México

Para Ariadna, Emilio y Esteban, como siempre

*Amar es una cólera secreta,
una helada y diabólica soberbia.*

Xavier Villaurrutia

*El deseo asedia
Respirando
Huyendo
Como herida
Que se espera inevitable
Saúl Ibagoyen*

DANTE

PARA INICIADOS

Para Pepe Eljure

Duras, lampiñas, morenas...

Las piernas de la mujer, adheridas a mi cuello, comienzan a apretar. Un olor a pescado emana de la oscura caracola situada, exactamente, frente a mi campo visual. Me relamo los labios, jalo aire y, con la breve bocanada que llega hasta mis pulmones, recuerdo los hechos que me hicieron llegar hasta este punto.

Habíamos decidido, como cada viernes, comprar un cartón de Dos xx y beberlo en el Mustang mientras planeábamos adónde ir. Felipe, el dueño del auto, y al que nunca se le terminaba el dinero, sugirió que, cuando nos aburriéramos de aplanar el Paseo Montejo, fuésemos por unos tacos y una botella de Wyborowa al video bar, que él invitaba. Rubén desechó la idea: quería ligar, y con tanto alcohol entre pecho y espalda, dijo, se dificulta el entendimiento. Así que aproveché sus diferencias para imponer mi plan. Estaba fastidiado de lo mismo, harto de discotecas y bares de niñas fresas, cansado de ser la rémora de Rubén, harto de terminar la noche solo en casa. Y tanto me habían hablado de La Diabla, que valía la pena sacrificar la marejada de

borrachas del *ladies night* de los viernes, con tal de disfrutar del *lesbian show* que, contaban, enardecía a los asistentes.

—Está bien —dijo Felipe antes de llevarse a los labios su quinta cerveza.

—Y no se vale rajarse, cabrón —agregó Rubén.

Destapé una fría y los mandé a la chingada.

Cuando llegamos era cerca de la medianoche. En un terreno de hierbas crecidas, junto a una docena de coches viejos que parecían haber sido sacados del corralón, Felipe estacionó el Mustang. Para entonces las cervezas habían comenzado a hacer su efecto. Rubén dijo que se orinaba, abrió su bragueta y dirigió su chorro hacia nuestros pantalones. Felipe y yo, tras rementársela, nos adelantamos hacia la entrada de aquella especie de plaza de toros a medio construir, débilmente iluminada por varios focos dispersos. Un gordo enorme, cuya diminuta cabeza parecía haber sido encajada a la fuerza en su cuerpo, custodiaba la puerta. El tipo nos vio con desconfianza.

—¿Van a entrar o van a seguir mariconeando? —soltó con una voz aguda que no encajaba en absoluto con su figura.

Mis amigos quedaron en silencio, a punto de estallar en un ataque de risa, pero se contuvieron al darse cuenta de mi semblante adusto.

—Vamos a entrar, y queremos una mesa de pista —contesté sin titubeos.

El rostro del hombre se relajó.

Yo esperaba que las miradas cayeran como flechas sobre nosotros nada más poner pie en el sitio, pero nadie reparó en nuestra presencia. Hacía calor y costaba trabajo respirar en ese galerón perfumado de orines ácidos y desinfectantes cítricos. La pista estaba desierta y la gente bebía taimadamente en sus mesas mientras en las bocinas sonaba un popurrí de Selena. Nos sentamos ante una desvencijada mesa metálica.

—Queremos vodka —ordenó Rubén.

—El mejor —agregué.

La Oso Negro en la mesa fue un imán: comenzó a llovernos compañía. Felipe se agenció a una pelirroja chafa de enormes pechos y pelo rizado que bebía Caribe Cooler. Rubén se decidió por una flaca oxigenada a la que apodaban la Paulina Rubio, olía a loción de rosas y su pinta quería ser una calca de la artista. Yo me hice pendejo. Preferí esperar en vez de quedarme con lo primero que cayera. Fue entonces cuando en las bocinas anunciaron la variedad. Se encendió una pelota setentera de luces y aparecieron en la pista dos morenas chaparritas patizambas con aire de tabasqueñas. Sonaron los primeros acordes de *She works hard for the money* y las tipas iniciaron un baile frenético plagado de cachondeo. Cada vez que alguna se acercaba para toquetear a la otra, la gente, ahora mudando hacia el desmadre, aplaudía y vitoreaba a las bailarinas que acusaban las vivas con nuevas caricias.

Mientras tanto, Felipe y Rubén habían comenzado ya a meter mano en forma. Sus dedos se perdían, ora en el escote de la pelirroja, ora en las piernas de la Paulina, y una nueva Oso Negro apareció en nuestra mesa.

“Europa”, de Carlos Santana, marcó el inicio del *lesbian show* grueso. Azuzadas por los continuos gritos de mucha ropa, las tabascas empezaron a despojarse de sus prendas la una a la otra, se restregaban los pechos en la cara, avanzaban por el suelo como lagartijas, se daban besos de lengua hasta que, ya desnudas, se enfrascaron en una estilizada simulación de cópula, siguiendo con la pelvis los compases de la guitarra eléctrica del rockero. Entonces la vi: una mulata curvilínea, de pelo largo, que fumaba en solitario.

Le hice señas para que viniera a la mesa. Las acompañantes de mis amigos intercambiaron miradas e hicieron

muecas de disgusto. La mulata no les caía nada bien. Cuando cruzó el local, me fijé en sus muslos largos como de maratonista que, a causa de sus tacones, se marcaban sobre la licra del vestido.

—¿Me invitas una copa? —dijo.

—Pide lo que quieras —intervino Felipe antes de que yo pudiera contestar.

Sentí el agradable olor a aceite de coco que emanaba de su pelo. Rubén desvistió a mi acompañante con la mirada. Zuleika, que así dijo llamarse, pidió un Baileys' en las rocas. Mientras lo sorbía lentamente con un popote, me la imaginé chupándomela despacito y no pude contenerme: se ve que eres experta. Zuleika me observó con desprecio. Hizo el intento de ponerse de pie, pero Rubén la tranquilizó:

—No le hagas caso, está bien borracho.

Para entonces, yo estaba tan mal que no tuve ningún reparo en jalarla de un brazo y decirle que era la mujer más buena que había visto en mi vida, y que sería capaz de comérmela toda, ahí mismo.

—¿En serio? —preguntó.

—Nunca he hablado más en serio —respondí y pellizqué sus muslos.

Al sentir el avance de mis dedos, se echó para atrás en la silla, elevó las piernas y, como si fuéramos a realizar un acto de acróbatas circenses, las colocó sobre mis hombros, alrededor de mi cuello.

—A ver si eres tan cabrón como presumes. Empieza.

Trato de obedecer pero la presión es intensa. Y va en aumento. Siento que el aire me falta y, por un instante, cruza por mi cabeza el temor de morir. Alcanzo a ver los rostros de sarcasmo de mis amigos y desespero porque ninguno parece darse cuenta de que necesito ayuda: están demasiado borrachos para percatarse de que esto ha dejado de ser un juego.

SALDOS

Para Eusebio Ruvalcaba

Lo valía, claro que lo valía. Bastaba ver el departamento, abandonado, con la computadora siempre encendida. Cuatro meses habían transcurrido desde la tarde del rompimiento y, salvo por algún telefonema para acordar trámites legales, no volvieron a encontrarse. Tenía que recuperarla.

Tomó valor y con el pretexto de aclarar detalles pendientes de la separación, la invitó a almorzar al restaurante italiano que tanto les gustaba. No había regresado a ese lugar después de la ruptura, pues le provocaba ansiedad pensar que el dueño, un viejo veneciano que solía sentarse a platicar con sus clientes habituales, pudiera cuestionar los motivos del divorcio.

Encendió un cigarro, dio una honda chupada que le llenó los pulmones con el sabor familiar de los Benson y, ya en calma, paseó la mirada por este parque colmado de fresnos a cuya sombra se guarecían amantes, paseadores de perros, ancianos practicantes de tai chi. El ruido del motor de un trailer que cruzó por la calle lo sustrajo de la placidez de esta isla vegetal que parecía flotar en el concreto. Exhaló. Desde la banca de hierro donde decidió esperar la llegada de Julieta, observó cómo iniciaba el movimiento

en el Vucciria: el ir y venir del dueño dando órdenes a los meseros aún en mangas de camisa, la lucha de un mozo contra dos grandes sombrillas para resguardar del sol el único par de mesas donde era posible comer *al fresco*, la meticolosa labor de una joven de audaz melena roja encargada de limpiar las copas antes de colgarlas en el techo acanalamado del bar.

Sí, había cambiado. Era capaz de fijar la atención y disfrutar detalles que antes le hubieran pasado desapercibidos, y Julieta tendría que notarlo. Aspiró con fuerza su cigarro, lanzó el humo hacia arriba y visualizó la primera vez que vino con ella: jovencísima, sonriente, la hilera de dientes de blanco hielo, perfecta, el pelo recogido en una cola de caballo, de nuevo llevándose a unos labios muy pintados la primera copa de Brunillo.

A punto de encender otro cigarro con la colilla del tercero, la descubrió. Vestía de rojo, el rostro cubierto por grandes lentes oscuros. Con esa falda cuya abertura dejaba al descubierto sus pantorrillas, el cuerpo del hombre reaccionó. Evocó el aroma de su pelo, el olor de su piel, el manso sabor de sus muslos. Sólo pensar que de perderla otros gozarían de esa visión de labios húmedos y pródigos pechos, su respiración se agitó. Conteniéndose, se puso de pie, aplastó con el zapato la colilla encendida y caminó al encuentro de su ex mujer.

Tenía que recuperarla.

Escogió la mesa de siempre, la que miraba hacia el parque, junto al ventanal permanentemente abierto.

—Te ves muy bien —dijo, mientras la ayudaba a tomar asiento.

Ella esbozó una sonrisa tensa, acompañada de un gracias que él interpretó como un buen augurio y se alegró de haberla llamado.

ÍNDICE

DANTE PARA INICIADOS.....	11
SALDOS.....	15
CABRIOLAS.....	21
LA LLAMADA DEL ABISMO.....	25
CABEZA DE TORTUGA.....	29
SE RENTA.....	35
RETRETE.....	41
CONVENIO.....	49
INSOMNIO.....	55
PISO 17.....	61
CASI LO QUE ELLA BUSCABA.....	67
EL CIELO PERDIDO.....	71
ROUND DE SOMBRA.....	79
CAÍDA LIBRE.....	95
AGRADECIMIENTOS.....	109

«CAÍDA LIBRE»

DE CARLOS MARTÍN BRICEÑO

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN MAYO 2010 EN LOS TALLERES DE
CORPORACIÓN INDUSTRIAL GRÁFICA S.A. DE C.V. FERNANDO
SOLER NO.50, FRACC. MARÍA CANDELARIA, HUITZILAC, MORELOS,
C.P. 62510 MÉXICO

SE TIRARON 1000 EJEMPLARES